

La hipótesis de Dios

Don Luigi Giussani, *El Sentido Religioso*, Capítulo V.

Si constatamos que aquello que estructura nuestro ser es un grito, un grito que nos molesta y que nos hace tender hacia un infinito que no encontramos en nosotros mismos, es necesario sobrepasar una cierta fascinación que nos toma al vernos criaturas tan trágicas. ¿Qué significa esta situación incómoda? ¿Existe este « cumplimiento » al que aspira nuestro ser? En este último encuentro del primer capítulo, miramos el corazón del hombre en tanto y en cuanto él es un grito hacia Otro, Otro que da al mundo su consistencia y a mi vida un sentido.

La naturaleza del yo como promesa

«Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»¹. La observación de Pavese encuentra en su *Diario* otras confirmaciones dramáticas. Cuando el escritor obtuvo el premio literario italiano más conocido, el premio Strega, comentó: «También has conseguido el don de la fecundidad. Eres dueño de ti mismo, de tu destino. Eres célebre como quien no trata de serlo. Pero todo esto se acabará. Esta profunda alegría tuya, esta ardiente saciedad, está hecha de cosas que no has calculado. *Te la han dado. ¿A quién, a quién, a quién darle las gracias?*»² Y el día de la entrega del premio escribió: «En Roma, apoteosis. ¿Y qué?»³

Pero ya entre las primeras anotaciones de su diario aparece una observación que tiene un valor capital: «Qué grande es el pensamiento de que verdaderamente nada se nos debe. ¿Alguien nos ha prometido nunca nada? Y, entonces, ¿por qué lo esperamos?»⁴. Quizá él no pensó que la espera constituye la estructura misma de nuestra naturaleza, la esencia de nuestra alma. No es resultado de un cálculo: es algo dado. La *promesa* está en el origen, procede del origen mismo de nuestra hechura. Quien ha hecho al hombre, lo ha hecho «promesa». El hombre espera *estructuralmente*, es mendigo por estructura; la vida es estructuralmente promesa. (...)

El horizonte al que llega el hombre está marcado por la tumba; la muerte es el origen y el estímulo de toda su búsqueda, porque la profundidad de la pregunta humana encuentra justamente en ella la contradicción más potente y descarada. Pero esta contradicción no elimina la pregunta, sino que la exacerba. (...)

El sentido religioso como dimensión

«El misterio —dice Mann— da calor y tensión a cada palabra nuestra». (...) El sentido religioso es la capacidad que tiene la razón de expresar su naturaleza profunda en un interrogante último; es el «locus» de la conciencia que el hombre tiene de su existencia.

Esa pregunta inevitable está en todo individuo, y dentro de su mirada hacia todas las cosas.

El filósofo americano Alfred N. Whitehead define la religión de esta manera: «Aquello que hace el hombre en su soledad»⁵. La definición es interesante, aunque no expresa todo el valor del que parte la intuición que la ha engendrado. Pues, en efecto, la pregunta última es constitutiva del individuo, y en este sentido el individuo está totalmente solo: él mismo es ese interrogante, y no otra cosa. Por eso, si

¹ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.

² *Ib.*, p. 355.

³ *Ib.*, p. 374.

⁴ *Ib.*, p. 290.

⁵ Cf. A. N. Whitehead, *Il divenire della religione*, Paravia, Turin 1963, p. IO.

contemplamos a un hombre, una mujer, un amigo o un caminante sin que resuene en nosotros el eco de la pregunta, de la sed de destino que lo constituye, nuestra relación no será una relación humana, y menos aún podrá tratarse de una relación amorosa a cualquier nivel que sea: no respetará la dignidad del otro, no será adecuada a la dimensión humana del otro.

La misma pregunta, en el idéntico instante en que define mi soledad, sienta también las bases de mi compañía, porque significa que yo estoy constituido por otra cosa, aunque permanezca misteriosa para mí.

Por tanto, si quisiéramos completar la definición del filósofo americano, la religión es ciertamente lo que el hombre hace en su soledad, pero también es aquello en lo que descubre su esencial compañía. Tal compañía es además más original que la soledad, porque el interrogante estructural no ha sido engendrado por un querer mío; me ha sido dado. Por eso, antes que la soledad está la compañía que abraza mi soledad, de manera que ésta ya no es una verdadera soledad, sino un grito que recuerda la compañía escondida. (...)

Conclusión

Sólo la hipótesis de Dios, sólo la afirmación del misterio como realidad que existe más allá de nuestra capacidad de reconocimiento, corresponde a la estructura original del hombre.

En efecto, dado que la naturaleza del hombre exige una búsqueda indomable de respuesta, y que es estructura del hombre este preguntar irresistible e inagotable, se estaría suprimiendo esa pregunta si no se admitiera la existencia de una respuesta.

Y esta respuesta no puede ser sino insondable. Únicamente la existencia de un misterio resulta adecuada para la estructura indigente que tiene el hombre. Este es un mendigo insaciable, pues lo que le corresponde es algo que no coincide consigo mismo, que no se puede dar a sí mismo, que no puede medir, que no sabe poseer.

«El mundo sin Dios sería como una fábula contada por un idiota en un acceso de ira»⁶, le hace decir Shakespeare a un personaje suyo. Y jamás se ha definido mejor el tejido de una sociedad atea. La vida sería «una fábula», por tanto, un sueño extraño: discurso abstracto o imaginación exasperada. Y «contada por un idiota»: por ello, sin capacidad para establecer nexos, de forma intermitente, sin orden verdadero, sin posibilidad de previsión. Además, «en un acceso de ira»: es decir, donde el único modo de relacionarse es la violencia, o sea, la ilusión de poseer.

Con esta larga puntualización existencial he intentado subrayar lo que es en nosotros el sentido religioso, cómo aparece ante nuestra conciencia: es una *exigencia de totalidad constitutiva* de nuestra razón, es decir, precisamente de la capacidad que tiene el hombre de tomar conciencia, de abrirse a la realidad para introducirse en ella y abrazarla cada vez más.

El hombre se plantea esta pregunta por el simple hecho de vivir, porque es la raíz de su conciencia de la realidad. Y no sólo se plantea la pregunta, sino que también se la responde al afirmar siempre que hay algo último»: porque el mismo hecho de vivir cinco minutos está afirmando que existe un «quid» por el cual *en e! fondo* vale la pena vivir esos cinco minutos. Es el mecanismo estructural de la razón, una implicación suya inevitable. Así como el ojo al abrirse descubre formas y colores, del mismo modo la razón, al ponerse en movimiento, afirma que hay algo 'último», una realidad última en la que todo consiste, un destino último, un sentido de todo.

Por eso siempre damos una respuesta a las preguntas que nos constituyen: consciente y explícitamente, o práctica e inconscientemente.

⁶ W. Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena V.

Para la belleza...

Textos para profundizar

La naturaleza del yo como promesa

Ese ardor radical, implacable, del que surge el incansable movimiento humano en busca del fondo último de las cosas —de su origen y destino— está plasmado con una imagen estupenda por Thomas Mann en la primera página de *José y sus hermanos*.

*«Es profundo el pozo del pasado. ¿Quizá debiéramos decir que insondable? Si, insondable, y puede que todavía más si hablamos del pasado del hombre, de este ser enigmático que encierra en sí nuestra existencia, alegre por naturaleza pero mísera y dolorosa por encima de ésta. Es bien comprensible que su misterio forme el alfa y la omega de todo nuestro razonar, de todas nuestras preguntas, que dé calor y tensión a cada palabra nuestra, urgencia a cada problema nuestro, pues justamente en nuestro caso sucede que, cuanto más se excava en el subterráneo mundo del pasado, más insondables parecen los primeros pasos humanos, su historia y su civilización, y que, aunque estemos haciendo descender nuestra sonda a profundidades fabulosas, éstas retroceden progresivamente cada vez más hacia un abismo sin fondo. Y hemos usado con justeza la expresión «progresivamente, cada vez más», pues lo insondable se divierte jugando con nuestra pasión por indagar, le ofrece puntos ilusorios de llegada, tras los cuales, apenas alcanzados, se abren nuevas vías del pasado, como le ocurre a quien camina por las costas del mar del Norte, que no encuentra jamás el fin de su camino, porque, detrás de cada grupo de arenosas dunas que quería alcanzar, nuevas extensiones le atraen hacia más dunas».*⁷

El sentido religioso como dimensión

Un eco sugerente de esto se encuentra en la poesía del premio Nobel de literatura del año 1951, Pär Lagerkvist:

*«Un desconocido es mi amigo, uno a quien no conozco.
Un desconocido lejano, lejano.
Por él mi corazón está lleno de nostalgia.
Porque él no está cerca de mí.
¿Quizá porque no existe?*

*¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia,
que llenas toda la tierra de tu ausencia».*⁸

⁷ T. Mann, «Le storie di Giacobbe», en *Giuseppe e i suoi fratelli*, Mondadori, Milán 1963, vol. 1, pp. 9-10.

⁸ P. Lagerkvist, «Un desconocido es mi amigo», en L. Giussani, *Mis lecturas*, op. cit., p. 153.